

TENGO TANTAS COSAS QUE
DECIR A USTED...

La carta, en un lindo plieguecillo vulgarísimo, de suprema elegancia provincial, color de rosa y con filete de oro, acababa así:

«...enterada de mis ansias, tal vez dirás tú: ¡pero si eres ya un viejo, si lo eres, pobre Jorge mío! Y es verdad, soy viejo, sí; pero debes pensar, Momolina, que desde niño vengo amándote, ¡y de qué manera! ¡Entonces tú también asegurabas que me querías! Pero llegó el huracán—precisamente el huracán—, y te me llevó. ¿Cuántos años han pasado de esto? Veintiocho... Pero, ¿qué será que yo he permanecido siempre el mismo? Mejor dicho, ¡mi corazón! No deberías, por esto, hacerme esperar mucho tiempo la respuesta. ¿Sabes? Yo iré a verte mañana. Me he tomado cerca de un mes para reflexionar. Me debes decir mañana sí o no. ¡Pero debe ser

sí, Momolina! No derrumbes el bello castillo que he ido yo edificando en este mes, el bello castillo del que tú serás reina y en donde todas mis esperanzas aún juveniles te servirán como doncellas amorosas...»

La señora Moma se fija en que esta última frase, tan poética, había sido añadida, en letra más pequeña, después de escrita la carta. El señor Jorge o no había querido malgastar aquel lindo papel color de rosa, con filete de oro, o no había querido someterse a la fatiga de rehacer, quién sabe con cuánto trabajo, en bellos caracteres aquella carta, con todos sus ringorrangos al fin de cada palabra; y, con mucha habilidad había comprimido allí la poética frase, que se le ocurrió tarde, acaso al releer la carta antes de encerrarla en el sobre, para que cupiese toda en menudos signos en el poco espacio que quedaba en el renglón después del *tú serás reina*. La añadidura, saltando a los ojos, hacía más y más ridículas aquellas esperanzas, todavía jóvenes, que habían de servir a la señora Moma como doncellas amorosas. Y obtuvo este lindo efecto: que la señora, bufando, tiró al suelo la carta, sin leer los últimos renglones.

—¡Oh, Dios, viene mañana! ¿Pero cómo no comprende ese cretino que no quiero saber nada de esto?

Y aún con el sombrero puesto, dió una pa-

tadita en el suelo y alzó la mano enguantada con un expresivo gesto de fastidio y de cólera.

* * *

Puede decirse, que desde hacía un año y cuatro meses, la señora Moma estaba con aquel sombrero puesto. No se lo quitaba, sino por una media horita, por una horita a lo sumo al día; se lo volvía a poner furiosa, y de nuevo a la calle, fuera de casa.

La arrojaba de ella, para dar vueltas por acá y por allá, una agitación, una nerviosidad, un ansia no sabía de qué, que se le exacerbaba en el cuerpo, sobre todo a la vista de los muebles de la casa y especialmente del magnífico salón de recibir, con aquellas ricas colgaduras de damasco y aquellos pabellones, los cuadros antiguos y modernos en las paredes, el gran piano de cola de su marido y atriles que parecían facistoles de iglesia, ante los cuales se sentaban con los instrumentos de arco los colegas del marido y también Alda, su preciosa hija, hoy tan distante, tan distante, también ella con su violín.

Hacía un año y cuatro meses que era viuda la señora Moma, del ilustre maestro Aldo Sorave. La carta recibida aquella mañana, en la cual el señor Jorge la llamaba Momolina, le había traído por un momento el recuerdo del país natal, de aquel rudo pueblecillo monta-

ñés, todo ceñido de hayas, de encinas y de castaños, donde un día el joven maestro Sorave, lanzado por no se sabe qué tempestad, había venido a refugiarse, genio incomprendido, con un libreto a que poner música, *El Huracán*.

Entonces sí que era ella verdaderamente Momolina: dieciséis años, linda, gruesecita, rosada y fresca, y plácida, plácida. Pero se había enamorado, también ella, del joven maestro Sorave. Se había enamorado, quizás, porque todas las mozuelas del pueblo se habían enamorado de él. No había comprendido bien nunca por qué, entre tantas, la había escogido a ella, precisamente a ella, cuando era lo cierto, que se le había mostrado menos entusiasmada que todas las demás, tanto, que delante de él no había sabido sino enrojecer y balbucear, y, forzada a decirle algo, le había declarado cándidamente que no entendía nada, ni de música ni de poesía, ni de ningún otro arte.

Pues bien, precisamente por esto, acaso, el maestro Aldo Sorave se había casado con ella. Y, a pesar de esto, no dudaba, sino que estaba segurísima de haber convivido durante veintiocho años la vida de su marido, primero tempestuosa, zingaresca, en viajes afanosos de un pueblo a otro, con la lengua fuera, como una pobre perrita, detrás del ansia nerviosa de aquél que quería a toda costa

llegar a la meta; después—nacida la hijita—, otra vida, no más plácida en verdad, pero ciertamente menos inquieta, la que seguía a la vuelta de él después de algún triunfo de una *tournée* de conciertos, de pueblo en pueblo, o de una temporada musical dirigida en esta o en aquella ciudad, hasta que conquistadas sólidamente con la fama las comodidades, se establecieron en Roma. Allí la hija creció, rubia y bellísima, en medio del brillo embriagador de arte de que estaba circundado el marido. Pero un buen día, quién sabe cómo, quién sabe por qué, derribando todos los designios ambiciosos del padre, se encaprichó la niña de un periodista, feo y casi viejo; quiso casarse con él, y con él se fué a América, a Buenos Aires, donde al marido le ofrecían la dirección de un gran periódico italiano. Tres meses apenas, después de aquellas bodas, el padre, que había negado hasta el último momento el consentimiento y no había querido volver a ver a su hija, ni aún en el momento de partir para América, murió de pena.

Un gran dolor, sí, un gran dolor para la señora Moma el alejamiento de aquella hija única; y la más grande de las desgracias para ella vino después con la muerte del marido. Pero de ahí a que hubiera todo acabado, como si no quedara allí ella, como si no continuase la casa con todo el lujo que la había dejado el

marido, de eso, la señora Moma no había llegado a enterarse todavía.

Ciertamente que la vida de otro tiempo, aquella férvida agitación, tan bruscamente interrumpida, las fiestas de arte, las conversaciones, la corte de espléndidas señoras en torno al viejo ilustre maestro, pequeñito y melenudo, de ojos fieros bajo espesas cejas, como aparecía en el retrato al óleo colgado en la pared del salón; la corte de los elegantísimos jóvenes en torno de la hija, esto no era ya posible: la señora Moma lo comprendía bien. Pero una vida como la de antes, cambiadas las circunstancias, podría renacer en sus salones, con tantos amigas y amigos de entonces vueltos a la casa en la que permanecía sola, allí, como extraviada.

Y con el sombrero puesto desde la mañana hasta la noche, angustiada, exasperada, la señora Moma corría en busca de los antiguos contertulios, yendo de uno a otro, sin descanso.

Primeramente era recibida y escuchada con cierta cordialidad; muchos la compadecían por aquella doble desventura; alguno le prometía, además, que iría a su casa a verla. Pero, ¡cal! No había ido aún nadie. Y, poco a poco, la señora Moma se volvía casi agresiva.

—¡Bribón! ¡Bribón! Me había usted prometido venir...

—Crealo, señora, no he podido...

—¿Iría usted hoy? ¡Deme usted ese gusto, vaya usted! ¿Tengo tantas cosas que decirle?... De cuatro a seis. Cuento con usted...

—Hoy, no, lo siento mucho, señora, no podré. Tal vez mañana...

—¡Nada de tal vez! Mañana, de fijo. ¡Lo espero, no lo olvide usted! De cuatro a seis. Tengo tantas cosas que decirle...

Y de cuatro a seis la señora Moma estaba esperando en casa la visita. Creía verdaderamente que tenía muchas cosas que decir, y repetía a todos, después de las invitaciones cada vez más apremiantes, aquella frase.

Pasaban las cuatro, pasaban las cinco, pasaban las seis; la impaciencia, la nerviosidad, la angustia, la desesperación de la señora Moma crecían; bufaba, botando en pie; iba arriba y abajo por el salón; se asomaba ya a esta, ya a aquella ventana a mirar si el esperado venía; y a pesar de estar cierta de que ya no vendría, al dar las seis, se esforzaba, devorada por la rabia, en esperar todavía diez minutos, un cuarto de hora, aún otro cuarto de hora y, por último, una hora entera. Al fin, se ponía otra vez el sombrero, y adelante de nuevo por la calle, renegando del mal educado.

Ni siquiera reparaba que ahora amigos y conocidos, para no sufrir la agresión, viéndola desde lejos, escapaban, se escondían, y cuando eran atrapados, le alargaban la mano vol-

viendo la cabeza y pasaban de largo, sin darle tiempo de terminar la acostumbrada frase:

—Mañana, ¿eh? Le espero mañana. De cuatro a seis. Tengo tantas cosas que decirle...

Recordaba la pobrecilla que se había mostrado siempre ella afable y cordial con las amigas, con los amigos, admiradores del marido o galanteadores de la hija. Amigas y amigos se sentaban entonces al lado de ella en las reuniones, contestaban a sus palabras, la saludaban con deferencia y cortesía al entrar en el salón y al salir. Inclinaciones, cumplimientos, sonrisas... Ella oía paciente toda aquella música, todas aquellas disputas de arte; alguna vez le había ocurrido responder con un movimiento de cabeza o con una sonrisa a alguien que, en el calor de la discusión, le había consultado con los ojos... No, no, propiamente no; no acertaba en verdad a hacerse cargo todavía de por qué, alejada la hija, muerto el marido, la hubieran abandonado todos así, como si ella hubiese cometido alguna indignidad, desertando de la elegante casa donde tan preciosos objetos de arte habían quedado alrededor de su actual propietaria, como suspensos en una inmovilidad silenciosa y casi solemne.

Eran suyos, sí, total y absolutamente suyos, ahora, aquellos muebles y aquella casa; ella era señora y dueña de todo: y sin embargo... sin embargo, se sentía presa de una

horrible nerviosidad mirando, o más bien, sintiéndose mirada como una extraña, allí, ajena a todos aquellos objetos que no le decían nada, que no sabían decirle nada, porque tenían todos un recuerdo vivo aún o del marido o de la hija; pero para ella, ninguno.

Alzaba los ojos para mirar, por ejemplo, un cuadro del salón; sabía que era antiguo, ¿cómo no?, sabía que era de valor; pero lo qué representaba aquel cuadro, su belleza, verdaderamente no hubiera sabido explicarlo, ni aún a sí misma. Y si miraba el piano... ¡ah!, en verdad no podía hacer si no mirarlo... no se atrevía ni tampoco a descubrir el teclado, porque el marido, antes de morir, le había recomendado expresamente que no lo dejase tocar a nadie. En cuanto a tocarlo ella, ni siquiera pensaba en ello, porque ella, la música...—sí, se había encontrado siempre entre músicos—pero ni aún, entre las notas, jamás había llegado a distinguir el *do* del *re*.

No vivía, no podía vivir el ambiente de aquella casa. Para reanudar la antigua existencia necesitaba absolutamente un poco de la de los otros, de la de su hija y de su marido, que volviera a agitarse en ella.

Otra vida, allí, *suya*, no era posible; porque en realidad ella, la señora Moma (decidlo bajito, por caridad, si no queréis ser demasiado crueles, los que la llamáis ahora «una terrible importuna»), no había tenido nunca

una vida *suya*, y casi en realidad no la había conocido.

Esto, naturalmente, no podía entenderlo; lo advertía sólo como una irritación que se le exacerbaba cada vez más y la echaba a la calle sin descanso, empeñada en volver a llamar y en llevar junto a ella aquel pasado, que con nerviosa angustia sentía que le faltaba y se le escapaba, sin saber por qué.

* * *

Al otro día—se comprende—recibe con cara de perro a aquel pobre señor Jorge Fantini, el enamorado paisano de hace veintiocho años, que con su proposición de casamiento, intentaba llevarla en cambio al único ambiente propio de ella, allá en el oscuro pueblo montañoso entre los bosques de hayas, de encinas y de castaños; modesta vida tranquila, con los días sencillos, iguales, donde no ocurría nunca nada que ella no pudiese comprender, donde en tanta cosa conocida hubiera podido sentir y tocar la realidad segura de la propia existencia.

Y no era después de todo, tan viejo aquel señor Jorge Fantini; y era además un hombre guapo, mucho más guapo ciertamente que aquel pequeñín y melenudo maestro-huracán Aldo Sorave; y era también rico, dueño de

muchas tierras y de muchas casas, y no estaba privado de una cierta cultura, antigua y sana, pues podía leer en su texto latino y sin ayuda de traducciones las *Geórgicas* de Virgilio.

A pesar de todo esto, la señora Moma hizo que él no la encontrase a su llegada a la casa. Cuando después de cerca de dos horas, volvió a ella toda acalorada, resoplante más que nunca y envenenada de cólera contra todos aquellos ingratos y mal educados que huían y faltaban a su palabra, embistió malamente al señor Jorge en el salón, sin quitarse siquiera el sombrero, levantando únicamente el velillo para hacerle percibir bien en sus ojos su cólera y su propósito firme de rechazar la propuesta que le parecía casi un insulto, más que una osadía.

—Pero, ¿quién le ha dicho a usted que venga, querido Fantini? ¡Yo no se lo he dicho! Ni aun siquiera le he contestado. Y, perdone usted: ¿le parece que eso sea una cosa posible? ¡Mire usted un poco alrededor, querido Fantini! ¿Ve usted? Esta es mi casa... ¿Cree lógico que yo, a mi edad, renuncie en adelante a esto que por tantos años ha formado mi vida? Vaya, vaya... Un poco de reflexión... Ha debido usted meditar antes un poco... Basta; no hablemos más. Ahí va mi mano, querido Fantini, sin rencor, y quedemos buenos amigos.

No tuvo valor de insistir el señor Jorge

Fantini; miró en redondo aquel salón donde ella decía tener su vida, y poco después salió con ella, ya que por su culpa había tenido que interrumpir su cotidiana inexorable caza de visitas.

Y la vió por la calle, en la tristeza brumosa de la noche de Diciembre, pararse tres o cuatro veces en medio de una inundación de gente para agredir a éste y a aquél: y observó que aquellos señores agredidos le alargaban la mano, volviendo la cara; y cada vez que esto ocurría, con una extraña voz de rabia y de llanto, oyó repetir a Momolina su frase acostumbrada:

—Pero, ¿usted me había prometido ir a verme! ¡Venga usted, venga! De cuatro a seis. ¡Tengo tantas cosas que decirle!...

PLUMA